

«LA REBELIÓN DE LAS MASAS» 75 AÑOS DESPUÉS: EL IMPERIO DEL HOMBRE-MASA

ANASTASIO OVEJERO BERNAL
Universidad de Oviedo

RESUMEN

En 1930 publicó Ortega y Gasset un libro de gran impacto, *La rebelión de las masas*, que tendría gran resonancia tanto en Europa como en Estados Unidos, y donde ya advertía de dos graves amenazas: la del fascismo y la pérdida de la libertad individual, por un lado, y la del imperio del hombre-masa y el predominio de la vulgaridad y de la mediocridad, por otro. Ahora bien, si su primera premonición no tuvo que esperar mucho tiempo para verse cumplida, la segunda se ha visto confirmada principalmente en la actual sociedad de consumo: hoy día, 75 años después de la publicación original del libro de Ortega, las afirmaciones básicas que contenía son más ciertas que cuando Ortega las hizo. Pues bien, mostrar tanto el contenido de la teoría orteguiana del hombre-masa como su alta capacidad predictiva para la actual sociedad occidental, democrática y de consumo, son los principales objetivos de este trabajo.

Palabras clave: Ortega y Gasset, sociedad-masa, hombre-masa.

ABSTRACT

In 1930, Ortega y Gasset published a very important book, *La rebelión de las masas*, which made a great impact in Europe and America. In this book, Ortega warned us about two serious threats: that of fascism and the loss of personal freedom, and that of the empire of the mass-man («hombre-masa»), characterized by predominance of vulgarity and of mediocrity. Now, if the first premonition came true in a such short time, the second is coming true in today's consumer society: nowadays, 75 years after the first publishing of *La rebelión de las masas*, its main assertions are more accurate than when Ortega y Gasset made them. The most important purpose of this paper is to show both the contents of Ortega y Gasset's mass-man theory, and its big premonitory power to today's western societies.

Key words: Ortega y Gasset, mass-society, mass-man.

DEL IMPERIO DE LAS MASAS AL IMPERIO DE LA OPINIÓN PÚBLICA.

Hasta cierto punto Ortega y Gasset es un pensador contradictorio, como contradictoria fue la época que le tocó vivir, el inicio de la Postmodernidad (véase Ovejero, 2000a): las contradicciones del final de la Modernidad las vivió intensamente el meditador de El Escorial. Y entre tales contradicciones no era la menor el papel desempeñado en aquella época por las masas, que si, por una parte, democratizaron la sociedad pidiendo un mayor nivel de justicia social, por otro comenzaron la imposición de los valores de la mediocridad. Pero además de contradictorio, Ortega es complejo y aparentemente confuso, como se constata, tal vez mejor que en ningún otro lugar de su pensamiento, en su concepción de la rebelión de las masas y del hombre-masa. Intentar aclarar tal aparente confusión e indiscutible complejidad es otro objetivo que busco con este estudio.

Podemos decir que si con la Revolución Francesa (1789) se inició la Modernidad y el triunfo de la burguesía, con la Revolución Soviética (1917) comenzó la Postmodernidad y el triunfo de las masas, triunfo que sería imparable y que se puede explicar por la convergencia de estas tres variables: el incremento de la demografía, la democratización de la sociedad y la tecnificación de la vida cotidiana. Ello explica igualmente que por esos mismos años fueran muchos los autores que estaban seriamente preocupados por lo que estaba ocurriendo y que atisbaran serios peligros para el futuro. De momento, sólo señalaré dos de tales autores: en 1930 publica Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*, que cuatro años antes, en 1926, hace ahora justamente 75 años, había comenzado a aparecer en artículos periodísticos; en 1932, Aldoux Huxley publicaba *Un mundo feliz*, una pesimista utopía que ridiculizaba la fe del hombre moderno en el progreso científico y en la supuesta sociedad automatizada del futuro que, a juicio de su autor, llevaría al control de la sociedad por un Estado totalitario. Pues bien, si Hitler hubiera ganado la segunda guerra mundial, tal vez hubiera acertado Huxley en sus negras previsiones, pero, dado que ganaron las democracias burguesas y parlamentarias, quien acertó en sus augurios fue Ortega y Gasset. Una segunda razón por la que acertó más Ortega que Huxley estriba en que éste era biologicista y el español no. Es la propaganda y no la biología el elemento central en el control de las masas.

Ello se evidenció en la Alemania nazi y también ahora, en el control de la opinión pública, aspecto este central en la era de las masas, como ya vaticinara Ortega, para quien las opiniones públicas las dice la gente porque «se dicen», porque son opiniones comúnmente admitidas y por todos compartidas. Porque están vigentes, son «vigencias». Y la palabra «vigencia», añade Ortega en *El hombre y la gente* (1957, Vol. II, pp. 162-163), «procede de la terminología jurídica donde se habla de leyes vigentes frente a las derogadas. La ley vigente es aquella que cuando el individuo lo ha menester y recurre a ella se dispara automáticamente, como un aparato mecánico de poder. Pero nótese que no sólo el nombre 'vigencia', sino que esos dos caracteres mismos que le atribuimos coinciden con las que tradicionalmente se atribuyen al derecho y a la acción del Estado... La sociedad, conjunto de los usos, de un lado se nos impone, de otro la sentimos como instancia a que recurrir y en que ampararnos. Lo uno y lo otro, ser imposición y ser recurso, implican que la sociedad es, por esencia, poder, un poder incontrastable frente al individuo. La opinión pública, la opinión reinante, tiene tras de sí ese poder y lo hace funcionar en las diversas formas que corresponden a las diversas dimensiones de la existencia colectiva. Ese poder de la colectividad es el 'poder público'. Y en cuanto al poder público, éste no es «sino la emanación activa, energética de la opinión pública, en la cual flotan todos los demás usos o vigencias que de ella se nutren. Y la forma, el más o menos de violencia con que el poder público actúa depende de la mayor o menor importancia que la opinión pública atribuye a los abusos o desviaciones del uso» (p. 165). Como vemos, Ortega es aquí profundamente actual. Sólo le faltó a su fina argumentación una mayor dosis de pensamiento crítico que le llevara a considerar la faceta del control de la opinión pública desde el poder: la opinión

pública es fabricada por los medios de comunicación y, por ende, por los poderes políticos y sobre todo económicos que están tras ellos (véase Minc, 1995).

En todo caso, es evidente que existe una estrecha relación entre el dominio actual de las masas y la opinión pública, relación de la que ya se hacía eco Ortega hace 75 años. Así, en *El hombre y la gente*, Ortega dice de la opinión pública que «reina como reina el saludo y las costumbres a él similares; reina como reina la lengua. Todo lo que es verdaderamente social es, sobre los individuos, presión, coacción, imperación y, por tanto, reinado». Y Ortega, como hombre liberal que era, era también eminentemente individualista, es decir, defensor del individuo, de sus derechos, de su libertad y de su independencia. Por eso rechaza la entrega del yo a la gente, afirmando explícitamente que tenemos que salvar al yo de la barbarie de la gente. Porque el «yo social» se opone al «yo individual» y destruye la individualidad, como ocurre en la actual sociedad de masas donde el hombre deja de ser hombre-individual para constituirse en hombre-masa, hombre alienado y, por ello, «desyoizado». Por ello rechaza Ortega de forma rotunda la entrega del yo a la gente. Pero tal rechazo no puede entenderse al margen de conceptos como los de uso, poder público u opinión pública. Y tras añadir que «hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos», concluye Ortega que «las innovaciones políticas de los más recientes años no significan otra cosa que el imperio político de las masas» (1969, p. 42), es decir, «éste es el hecho formidable de nuestro tiempo..., vivimos bajo el brutal imperio de las masas» (p. 43). O dicho con más exactitud: estamos ante el hecho del dominio absoluto del hombre-masa.

LA SOCIEDAD MASA: BREVE RECORRIDO HISTÓRICO

Como dice Salvador Giner (1971), la sociedad-masa es una sociedad predominantemente moderna, en el seno de la cual se ha producido un resquebrajamiento general de los elementos de diferenciación que diversificaban internamente a las sociedades tradicionales: la técnica, la abundancia económica y el igualitarismo político, han creado una sociedad de rasgos homogéneos, atomizada e impersonal, yerma de vida comunitaria, a merced de una serie de nuevas tiranías que van desde la impuesta por los nuevos medios de comunicación de masas hasta los nuevos totalitarismos, también de masas. Y aunque las personas pertenecientes a las clases altas siempre han despreciado a las de las bajas, sin embargo a lo largo de los siglos XIX y XX se ha producido una auténtica sociedad-masa como producto de toda una serie de transformaciones, entre las que destacan estas tres ya mencionadas: aumento importante de la demografía, democratización de la vida política y social, y tecnologización de la vida cotidiana. Todo ello hizo que, mucho antes de que lo hiciera Ortega, diferentes e importantes autores ya se habían preocupado por el tema de las masas y de la sociedad-masa (Tocqueville, Mill, Taine, Nietzsche, Tarde o Tönnies)(véase Ovejero, 1997, Cap. 3; y sobre todo Giner, 1971). De estos autores debemos destacar a dos: Tocqueville (1805-1859) y Nietzsche (1844-1900), el primero porque defiende un punto de vista al que Ortega se aproximaría mucho y el segundo porque influyó ya muy directamente en el filósofo español. Tocqueville fue el primero en darnos una imagen clara de la sociedad masa (Giner, 1971, pp. 43-45): 1) En él encontramos por primera vez el desarrollo de una concepción de la mayoría y de las masas que comienza, al mismo tiempo, a entrañar algo más general: la noción de toda una sociedad que es, en sí misma, una masa. Esta concepción afirma lo siguiente: 2) El mundo moderno presencia el desarrollo de una nueva sociedad que, en el lenguaje del autor, recibe el nombre de «democracia». Ese desarrollo se ve impelido por una fuerte corriente igualitaria, la cual corresponde a la pasión común de todas las masas. El igualitarismo puede basarse en un sentimiento de justicia social, pero, en sus formas extremas, barre las «aristocracias» naturales -grupos de hombres

excelentes- que se constituyen en el seno de las sociedades. Esa forma de igualitarismo, característica de la era moderna, es enemiga de la excelencia humana. A través de la envidia democrática, se asegura el triunfo de los mediocres y el ostracismo social de los mejores; 3) La nueva sociedad democrática ha institucionalizado la igualdad, cualidad distintiva de las masas que comienza a ser ahora común a toda la sociedad; y 4) Por lo cual y en conclusión, el temprano e intenso desarrollo de la libertad que culminó con las revoluciones francesa y americana parece empezar a declinar. Ha surgido una nueva forma de despotismo, el de la masa, y con él un nuevo estilo de vida, caracterizado por la apatía política, la mediocridad de las personalidades, el hedonismo vulgar, la dependencia excesiva del confort y la conformidad del rebaño, indigna de los hombres libres.

Con Nietzsche resurge la vieja dicotomía entre *los muchos* y *los pocos*, pero con una singular violencia, con una brutal arrogancia, sin casi nada ya en común con el elitismo platónico. Sus ataques contra el igualitarismo galopante de nuestro tiempo son, como indica Giner, los de un hombre acorralado por una crisis del orden social a la que no encuentra sentido. De ahí sus curiosas diatribas contra los «hombres rebaño», a los que opone una raza de señores naturales, totalmente ajena, por su intrínseca nobleza de espíritu, al reino de la plebe y a la promiscuidad con ella que se nos viene encima. El creciente dominio de la plebe en la historia contemporánea tiene para Nietzsche graves consecuencias generales, sobre todo porque, para él, como escribe en su *La voluntad de poder*, es la plebe la que ha «inventado» la moralidad, basándose para ello en sus tres «poderes»: a) El instinto del rebaño contra el fuerte y el independiente; b) El instinto de los que sufren y de aquéllos a quienes les ha ido mal en la vida contra los que han tenido mejor suerte; y c) El instinto de los mediocres contra los excepcionales.

Haciéndose eco de estos antecedentes, Ortega escribe *La rebelión de las masas*, cuyo capítulo 1 comienza así de rotundo (1969, p. 37): «Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas». Y añade a renglón seguido: «Para la inteligencia del formidable hecho conviene que se evite dar, desde luego, a las palabras 'rebelión', 'masas', 'poderío social', etc., un significado exclusiva o primariamente político. La vida pública no es sólo política, sino, a la par y aun antes, intelectual, moral, económica, religiosa; comprende los usos todos colectivos e incluso el modo de vestir y el modo de gozar». Ahora bien, mientras que son muchos quienes piensan que en Nietzsche son criterios biológicos los que determinan el superhombre, las élites y los débiles (véase Larios, 2000), cosa sobre la que yo tengo serias dudas, sin embargo en Ortega está claro que los criterios de definición de las élites y del hombre-masa son explícitamente psicossociológicos, como luego veremos. Y ahí es donde estriba la originalidad, y el interés para nosotros, del enfoque de Ortega, enfoque que, como hemos dicho, es eminentemente psicossociológico, lo que le concede una mayor modernidad y una capacidad de predicción que las que poseen otros autores: nuestro pensador no se ocupa tanto de la sociedad-masa ni de las masas, cuanto del *hombre-masa*, como un tipo de personalidad predominante en la sociedad actual, con lo que, además, alimina la inevitabilidad del tufillo ultraconservador que acompaña a los autores que han tratado estos temas.

LA PSICOLOGÍA COLECTIVA Y EL HOMBRE MASA

Aunque, como ya hemos dicho, existían ya importantes estudios sobre la sociedad-masa, sin embargo fue Ortega uno de los primeros en percibir el advenimiento del hombre-masa,

fenómeno que es un producto, probablemente inevitable, de la Ilustración, pues como señala Racionero (2000, p. 87), «estaba claro que la Modernidad no cubriría las necesidades globales del ser humano, antes bien crearía graves problemas psicológicos y culturales». Así, se pregunta Luis Racionero: «¿Por qué la razón, que ha creado la ciencia, no ha derivado de ella una tecnología razonable? Y responde él mismo (pp. 89-90): «porque la razón no ha metido a la ética en la ciencia y mucho menos la estética, con lo cual tenemos una tecnología antiestética e inhumana». Pues bien, el resultado de todo ello fue la creación del hombre-masa, un tipo de personalidad que, por las razones que ya dijimos, se haría predominante en las sociedades industriales y democráticas del siglo XX. Su estudio será uno de los grandes méritos de Ortega y Gasset.

Más en concreto, el tema de las masas y de la conducta colectiva fue tratado por Ortega de tal manera que su conocido ensayo, *La rebelión de las masas*, es posiblemente uno de los libros más representativos de nuestra época, una época caracterizada, por un lado, por grandes transformaciones sociales, que han hecho de las masas humanas el verdadero protagonista de nuestra historia (Carpintero, 1984, p.117), y, por otro, por unas profundas transformaciones tecnológicas que han supuesto finalmente el triunfo actual del hombre-masa. No sólo acertó Ortega en su diagnóstico hace 75 años, es que predijo con batante exactitud la situación actual. De hecho, la siguiente afirmación de Ortega es más cierta hoy día incluso que cuando él la expuso: «Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho a la vulgaridad y lo impone dondequiera». La rabiosa actualidad de esta cita la constataba recientemente Thomas Mermall, en un congreso sobre Ortega celebrado en Madrid el pasado mes de noviembre, eligiendo la televisión como ejemplo paradigmático. Los *índices de audiencia* son hoy día la señal más cabalmente demostrativa de la dictadura de la mediocridad del hombre-masa, tema sobre el que Pierre Bourdieu (1997) dice algunas cosas interesantes que, en cierta medida, podrían haber sido firmadas por Ortega.

Es más, en *La rebelión de las masas*, Ortega, adelantándose a autores como Reich, Fromm o Adorno, hace un análisis realmente psicossociológico, uniendo individuo y sociedad a lo largo del proceso histórico, considerando al hombre-masa como un tipo de personalidad producido históricamente a lo largo del siglo XIX y que llega a su cénit en los años treinta, con las consecuencias políticas e históricas de todos conocidas. De ahí que, en el mencionado congreso sobre Ortega, afirmara Ignacio Sánchez Cámara que en *La rebelión de las masas* ya advertía su autor contra la amenaza del fascismo. En efecto, en este libro se adelanta el filósofo madrileño a autores como Reich, Fromm o Adorno, de forma que, por decirlo con palabras de Carpintero (1984, p. 117), estamos ante «un estudio acerca de una personalidad social básica, la personalidad que podíamos designar como antiliberal... Ortega llevó a cabo en su libro una delineación acabada de un tipo de personalidad social que ha sido objeto de múltiples análisis por su implicación en los acontecimientos que han marcado la historia contemporánea». Aquí Ortega es claramente, pues, un psicólogo social genuino que consigue unir individuo y sociedad, dándole a tal unión toda su connotación histórica, cosa, por otra parte, que tan pocos psicólogos han conseguido hacer. De esta manera, como subraya el propio Carpintero (1984), la idea orteguiana del hombre-masa refleja su concepción del hombre como una entidad esencialmente histórica y social: ciertas circunstancias y acontecimientos concretos producen en gran número de hombres ciertas actitudes básicas que van constituyendo una personalidad básica genuina y diferencial.

En resumidas cuentas, para Ortega el hombre-masa no es sino un producto de la historia del siglo XIX que se concretó en deficientes procesos de educación y de socialización, con lo que se adelantó a importantes psicólogos sociales de su época (véase Carpintero, 1984); así, tres años después de que Ortega publicara *La rebelión de las masas* en forma de libro y siete después de que apareciera en artículos periodísticos, Reich se preguntaba en *La psicología de las masas del fascismo* (1933) por cuestiones muy similares a las que se

preguntaba el intelectual español. Y sus respuestas fueron también análogas a las de éste, aunque, como señala Carpintero, difieren frontalmente en un punto: frente al freudiano Reich, Ortega subraya los determinantes sociales, culturales e históricos de la personalidad, es decir, del hombre-masa. También se adelantó Ortega en quince años al *El miedo a la libertad* (1941) de Erich Fromm: «Ahora, por lo visto, -escribe Ortega- vuelven muchos hombres a sentir nostalgia del rebaño... Quieren marchar por la vida bien juntos, en ruta colectiva, lana contra lana y la cabeza caída». La diferencia estriba en que Fromm publicó su famoso libro ya no sólo con Hitler en el poder, sino incluso después de que hubieran empezado a constatarse las terribles consecuencias del fenómeno nazi, mientras que Ortega lo hizo siete años antes de la llegada al poder de los nazis y trece años antes del comienzo de la guerra. Más aún, el libro de Ortega, al no estar ligado históricamente al fenómeno nazi, posee una capacidad de explicación y hasta de predicción mucho mayor, de forma que es más actual aún si cabe que el de Fromm y, desde luego, mucho más que el de Reich. *La rebelión de las masas* se adelantó también a *La Personalidad Autoritaria*, de Adorno y colaboradores (1950), obra central en la psicología social moderna (véase Ovejero, 1982). Carpintero (1984) muestra muchas claras coincidencias entre el hombre-masa de Ortega y la persona autoritaria de Adorno, de las que subraya dos (p.128): «Su preferencia por la vida bajo una autoridad absoluta, y el peso decisivo de una formación infantil a la hora de haber fraguado aquella preferencia... La dinámica de la socialización, en todo caso, aparece aquí como la clave de una forma de personalidad cuyas múltiples manifestaciones en la inmediata historia la han hecho cobrar un peculiar prestigio». Y la socialización infantil y juvenil de la época actual, la de las nuevas tecnologías o de la postmodernidad, parece llevar -y cada vez más- no a la formación de ciudadanos libres sino de niños mimados o, como diría Ortega, de señoritos satisfechos. Como no hace mucho escribía Javier San Martín (1998, p. 206), «según Ortega, el siglo XX, que ha perfeccionado masivamente el modo de vida tanto desde una perspectiva jurídica como económica, engendra una psicología del hombre medio muy parecida a la del niño mimado». Y ése es justamente el tipo más elocuente de hombre-masa, el señorito satisfecho, no los obreros, ni las masas con menos educación escolar. El elitismo de Ortega es incluso más psicociológico que social o intelectual. El hombre-masa, representado básicamente por el niño mimado, es la *mediocridad satisfecha* y *autocomplaciente*, el conformismo más profundo, la sumisión total a «lo que se lleva» y el sometimiento del yo a la gente. Pertenecerá a la minoría o élite todo el que intente salirse de la media, de la mediocridad, del rebaño, todo el que luche por autoperfeccionarse, por perfeccionarse, etc., todo el que desee ser él mismo. El hombre-masa prefiere la comodidad a todo lo demás, prefiere la técnica a la sabiduría. En definitiva, el hombre-masa es, en feliz expresión de Ortega, el «señorito satisfecho».

Pero resulta imposible entender el concepto orteguiano de hombre-masa sin entender también, simultáneamente, su contrapuesto de *minoría*. «La sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores: minorías y masas. Las minorías son individuos o grupos de individuos especialmente cualificados. La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas. No se entienda, pues, por masas sólo ni principalmente 'las masas obreras'. Masa es 'el hombre medio'. De este modo se convierte lo que era meramente cantidad -la muchedumbre- en una determinación cualitativa: es la cualidad común, es lo mostrenco social, es el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico. ¿Qué hemos ganado con esta conversión de la cantidad a la cualidad? Muy sencillo: por medio de ésta comprendemos la génesis de aquélla. Es evidente, hasta perogrullesco, que la formación normal de una muchedumbre implica la coincidencia de deseos, de ideas, de modo de ser, en los individuos que la integran. Se dirá que es lo que acontece con todo grupo social, por selecto que pretenda ser. En efecto; pero hay una esencial diferencia. En los grupos que se caracterizan por no ser muchedumbre y masa, la coincidencia efectiva de sus miembros consiste en algún deseo, idea o ideal,

que por sí solo excluye el gran número. Para formar una minoría, sea la que sea, es preciso que antes cada cual se separe de la muchedumbre por razones *especiales*, relativamente individuales. Su coincidencia con los otros que forman la minoría es, pues, secundaria, posterior a haberse cada cual singularizado, y es, por tanto, en buena parte una coincidencia en no coincidir» (Ortega, 1969, pp. 30-40). Como vemos, pues, la concepción orteguiana de masa/minoría es esencialmente nietzscheniana: aunque en Ortega no se trata en absoluto de conceptos biológicos, ni étnicos, ni siquiera sociológicos o culturales, sino esencialmente *psicosociológicos*. Como señala Osés (1989), masas y minorías son funciones sociales. Son conceptos operacionales que responden a dos formas de estar en la vida: dinámica (minorías) o estática (mayorías). Claramente lo expresa Ortega (1969, pp. 40-41): «En rigor, la masa puede definirse, como hecho psicológico, sin necesidad de esperar a que aparezcan los individuos en aglomeración. Delante de una sola persona podemos saber si es masa o no. Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo -en bien o en mal- por razones especiales, sino que se siente 'como todo el mundo' y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás. Imagínese un hombre humilde que al intentar valorarse por razones especiales -al preguntarse si tiene talento para esto o lo otro, si sobresale en algún orden- advierte que no posee ninguna calidad excelente. Este hombre se sentirá mediocre y vulgar, mal dotado; pero no se sentirá 'masa'... La división de la sociedad en masas y minorías excelentes no es, por tanto, una división en clases sociales, sino en clases de hombres, y no puede coincidir con la jerarquización en clases superiores e inferiores... Así, en la vida intelectual, que por su misma esencia requiere y supone la cualificación, se advierte el progresivo triunfo de los pseudointelectuales incualificados, incalificables y descalificados por su propia contextura. Lo mismo en los grupos supervivientes de la 'nobleza' masculina y femenina. En cambio, no es raro encontrar hoy entre los obreros, que antes podían valer como el ejemplo, más puro de esto que llamamos 'masa', almas egregiamente disciplinadas». Y es que la minoría debe basar su superioridad sobre los demás exclusivamente en valores morales y espirituales de vida.

ACTUALIDAD DEL CONCEPTO ORTEGUIANO DE HOMBRE-MASA

Más aún que la época de Ortega, la actual se caracteriza justamente porque «cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café. Yo dudo que haya habido otras épocas de la historia en que la muchedumbre llegase a gobernar tan directamente como en nuestro tiempo. Por eso hablo de hiperdemocracia... *Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera*. Como se dice en Norteamérica: ser diferente es indecente. La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo corre riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese 'todo el mundo' no es 'todo el mundo'. 'Todo el mundo' era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora todo el mundo es sólo la masa. Este es el hecho formidable de nuestro tiempo, descrito sin ocultar la brutalidad de su apariencia» (Ortega, 1969, p. 42). Un ejemplo reciente lo tuvimos en la campaña de las recientes elecciones presidenciales en Estados Unidos: mientras que el intelectualmente mediocre Bush alardeaba de su mediocridad, Gore intentaba ocultar su inteligencia y sus conocimientos. Como podemos fácilmente constatar, al escribir *La rebelión de las masas* estaba Ortega describiendo aún mejor nuestra época que la suya propia (véase Simancas, 1990), ya que lo que hizo fue describir con exactitud un período histórico que por entonces comenzaba, pero al hacerlo lo describió con tal clarividencia y con tales trazos que se convirtió en profeta de la actual postmodernidad psicosociológica, basada fundamentalmente en la exigencia de todos los derechos y en el olvido de todos los deberes así como en el disfrute de todos los placeres y en el rechazo

de todos los esfuerzos así como en la posesión de todas las comodidades y la huida de todo trabajo (véase Bruckner, 1996)¹. Ahora bien, «la revolución de las masas, pese a sus peligros, es un proceso necesario: el fenómeno social por el cual más y más personas alcanzan posibilidades vitales que antes sólo tenían unos pocos. Lo que debe evitarse es que al elevar el nivel general se rebaje demasiado el que antes gozaban los menos. Al precio de destruir la cultura no es rentable la sociedad de consumo. La salida de la rebelión de las masas consiste en elevarlas al nivel de excelencia que antaño sólo tenían las élites, para que en ese nivel las masas se diluyan en un conglomerado polimorfo de individuos, estilos de vida, profesionales y talentos diversos, lo suficientemente instruidos para no actuar como masas» (Racionero, 2000, p. 54). Es decir, que el gran problema actual es que a la profunda revolución tecnológica que se está produciendo no le acompaña una proporcionada e equivalente revolución cultural y de las mentalidades, lo que da lugar al fomento y expansión del hombre-masa, de que hablaba Ortega.

Y también fue certero el análisis de Ortega a la hora de diagnosticar lo que yo no dudaría en calificar como alienación producida por el consumismo, tan propio de nuestra época: «Vivimos en un tiempo que se siente fabulosamente capaz para realizar, pero no sabe qué realizar. Domina todas las cosas, pero no es dueño de sí mismo. Se siente perdido en su propia abundancia. Con más medios, más saber, más técnicas que nunca, resulta que el mundo actual va como el más desdichado que haya habido: puramente a la deriva. De aquí esa extraña dualidad de prepotencia e inseguridad que anida en el alma contemporánea. Le pasa como se decía del Regente durante la niñez de Luis XV: que tenía todos los talentos menos el talento para usar de ellos» (Ortega, 1969, p. 60). Como vemos, desafortunadamente también aquí Ortega no sólo describía su época, sino más aún la nuestra: el ser humano tiene más libertad que nunca, pero no sabe utilizarla (véase Berger y Luckmann, 1997). El hombre-masa supone, a los ojos de Ortega, adelantándose en esto a los autores de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer o Marcuse), el fracaso de la Modernidad: es la expresión más evidente y palpable de la crisis de la cultura occidental moderna. La rebelión de las masas supondría, pues, el advenimiento de la sociedad post-moderna, al menos, como ya hemos dicho, a nivel psicosociológico.

Ahora bien, la teoría del hombre-masa es una teoría, en cierta medida, antiilustrada, lo que, al menos parcialmente, demuestra el carácter postmoderno del pensamiento orteguiano (véase Ovejero, 2000b). En efecto, a su juicio, la generalización de la educación no sólo puede ser compatible con la progresiva implantación del hombre-masa, es que a veces puede incluso fomentarla, como en el caso del «científico especialista», que, según Ortega, es un caso paradigmático del hombre-masa. Un ejemplo histórico del fracaso del programa de la Ilustración lo constituyó la Alemania nazi, donde se demostró que el aumento tanto de la educación escolar como del nivel científico y, sobre todo, del tecnológico no se relaciona necesariamente, de ninguna manera, con el humanitarismo y con la ética. Todo lo contrario: se comprobó claramente que la alta cultura puede coexistir con los mayores extremos de histeria colectiva y salvajismo. Un segundo ejemplo lo constituye nuestra sociedad actual, donde coexisten los más altos índices de escolarización y de avance científico alcanzados

¹ El término «postmodernidad» posee también otras connotaciones bien diferentes cuando es aplicado a otros campos como el estético, que personalmente no me interesa mucho y que significa principalmente «collage», mezcla de estilos, mestizaje, ausencia de normas de obligado cumplimiento, salvo la de que no hay normas; o el filosófico-epistemológico, que me interesa muy particularmente y con el que estoy totalmente de acuerdo, y que tras los trabajos de Nietzsche, Heidegger, Wiggerstein y Foucault, apunta a una crítica radical a algunos ideales centrales de la Ilustración, como el imperio de la razón o la creencia en la verdad absoluta, y derivados como el eurocentrismo o el predominio de la «raza» blanca» sobre las demás «razas» o de los varones sobre las mujeres. A mi modo de ver, ello no supone el final de la Ilustración, sino más bien su radicalización y, con ello, el cumplimiento más cabal de sus objetivos emancipadores.

hasta ahoga con un predominio del hombre-masa antes nunca visto. Y es que, como ya hemos dicho, el éxito del hombre-masa en nuestra actual sociedad es la consecuencia, casi necesaria, de la conjunción de la democracia burguesa, de la sociedad de consumo y de la técnica actual. Es la revolución tecnológica la que produce el hombre-masa. Por tanto, no debería extrañarnos que una de las principales características del hombre-masa sea justamente su miedo a la libertad. Por eso mismo el hombre-masa no es feliz, porque le tiene miedo a la libertad. Así, a la famosa pregunta de Stenthal: ¿Por qué no son felices los hombres en el mundo moderno?, podemos responder con Pascal Bruckner (1996): Porque se han liberado de todo y se han dado cuenta de que la libertad es insostenible de vivir. Es el miedo a la libertad lo que caracteriza al hombre-masa (véase Fromm, 1941; Berger y Luckmann, 1997).

En definitiva, lo mismo que soy partidario -y partícipe- de la Ilustración, aunque, para esquivar sus más importantes efectos negativos, repudio profundamente algunas de sus características más definitorias (imperio de la razón, verdad absoluta, la razón como instrumento de dominio y de poder, progreso, eurocentrismo, etc.), así también soy partidario del Postmodernismo, aunque repudio, también profundamente, algunas de sus consecuencias psicosociológicas, como es el caso de algunos de los efectos de la Revolución Tecnológica (falta de esfuerzo, consumismo y hasta despilfarro desahogado, exigencia de todos los derechos y olvido de lo deberes más elementales, etc.), efectos que, a la postre, llevan al fomento del hombre-masa. En resumidas cuentas, al igual que Ortega hace 75 años, contra lo que yo me rebelo es justamente contra el imperio del hombre-masa. El elitismo no debe acaparar prebendas, pero la mediocridad no debe imponerse por doquier. Ése es uno de los grandes retos del recién comenzado siglo XXI: eliminar las circunstancias que fomentan la supremacía del hombre-masa, lo que conllevaría la elevación del nivel intelectual de las masas al de élites.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T.W., Frenkel-Brunswick, E., Levinson, D.S. y Sanford, R.N. (1950): *The authoritarian personality*. Nueva York: Harper.
- Berger, P.L. y Luckmann, Th. (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido: La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós (original, 1995).
- Bourdieu, P. (1997): *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama (original, 1996).
- Bruckner, P. (1996): *La tentación de la inocencia*. Barcelona: Anagrama (original, 1995).
- Carpintero, H. (1984): Ortega y su psicología del hombre-masa. En J. Marías y cols.: *Un siglo de Ortega y Gasset*, pp. 117-129. Madrid: Editorial Mezquita.
- Fromm, E. (1976): *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós (original, 1941).
- Giner, S. (1971): *La sociedad masa: Ideología y conflicto social*. Guadalajara: Gráficas Carlaville.
- Huxley, A. (1971): *Un mundo feliz*. Barcelona: Plaza y Janés (original, 1932).
- Larios, S. (2000): *Zaratustra: El mito del superhombre filosófico*. Barcelona: Ediciones del Bronce.
- Minc, A. (1995): *La borrachera democrática: El nuevo poder de la opinión pública*. Madrid: Temas de Hoy.
- Ortega y Gasset, J. (1957): *El hombre y la gente*. Madrid: Revista de Occidente, 2 vols. (Escrito en 1949-50).

- Ortega y Gasset, J. (1969): *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa-Calpe (Colección Austral) (original, 1926-1928 en artículos de prensa y 1930 en libro).
- Osés, J.M. (1989): *La sociología en Ortega y Gasset*. Barcelona: Anthropos.
- Ovejero, A. (1982): *El autoritarismo como variable de personalidad*. Madrid: Servicio de Reprografía de la Universidad Complutense (Tesis Doctoral, 1981).
- Ovejero, A. (1997): *El individuo en la masa: Psicología del comportamiento colectivo*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Ovejero, A. (2000a): *Ortega y la postmodernidad: Elementos para la construcción de una psicología postpositivista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, A. (2000b): Ortega y Gasset: Un pensador pre-postmoderno altamente fértil para la psicología postpositivista del siglo XXI. *Revista de Historia de la Psicología*, 21, 2/3, 35-52.
- Racionero, L. (2000): *El progreso decadente: Repaso al siglo XX*. Madrid: Espasa.
- Reich, W. (1973): *La psicología de masas del fascismo*. México: Ediciones Roca (original, 1933).
- San Martín, J. (1998): *Fenomenología y cultura en Ortega: Ensayos de interpretación*. Madrid: Tecnos.
- Simancas, F. (1990): *Actualización de la rebelión de las masas*. Madrid: Ediciones Libertarias.